

CARTA DEL PADRINO

Dr. Raúl E. Levín

Nadie duda de que en estas últimas décadas estamos experimentando impactantes inflexiones en el devenir de la cultura, la sociedad y por lo tanto en la subjetividad.

Se enfatiza especialmente lo que se relaciona a las transformaciones en el campo de la informática y en el extenso desarrollo de las redes sociales. Hasta podemos llegar a la idea que estamos habitados y atravesados por la constitución de algo en marcha, que no podemos predecir.

Otro campo cuyas derivaciones seguramente se relacionan con el mencionado anteriormente, y en el que también se están produciendo cambios asombrosos y vertiginosos, es aquel relacionado con la consideración y la expresión de la sexualidad.

Hasta hace no muchos años, el referente que determinaba la sexualidad era la anatomía. Primero en su versión morfológica, y más tarde también según la genética. Era una sexualidad que de acuerdo a ese criterio, se consideraba binaria: hombre-mujer; masculino-femenino. Podía haber situaciones diferentes, pero eran las que escapaban al dualismo establecido. Costumbres o conductas no acordes al sexo correspondiente, podían ser admitidas. Si pasaban ciertos límites se las consideraban desviaciones, o hasta perversiones, diagnóstico que deslizaba desde la misma nosología un cierto tinte de reprobación moral.

Cómo se trama la sexualidad de cada individuo, es un interrogante que no puede responderse con estereotipos.

Si bien hay siempre una extensa franja de misterio en torno a las inclinaciones y conductas sexuales, actualmente los psicoanalistas admitimos que no se encuadran en un dualismo determinante. Y que sus modalidades de expresión se transforman según se suceden los cambios culturales.

En su libro *Los anormales* Foucault hace un seguimiento de la evolución que se fue dando en la consideración de la sexualidad infantil en el siglo XIX. Nos demuestra cómo sobre ella se montó un operativo político-social dirigido a lograr un cambio en la estructura familiar, que la constituiría como **más eficiente ante los requerimientos de la sociedad industrial en desarrollo**.

Son movimientos históricos que pueden requerir de mucho tiempo para ser comprendidos en su contexto.

Por cierto ante los vertiginosos y extensos cambios, en la actualidad no tenemos aún la distancia histórica como para incluirlos en una mirada con la necesaria perspectiva.

Sólo sabemos, en tanto psicoanalistas, que nuestro aporte puede ser de suma validez, pero insuficiente para abarcar el tema en todo su alcance.

La versatilidad, la extensión inconmensurable de opciones (a la vez que inéditas ideologías que imponen ciertos códigos), las redes de diferente alcance que se establecen entre “usuarios”, lo efímero y lo permanente, la dialéctica entre privacidad y divulgación, exhibicionismo e intrusión, y otros muchos otros ítems nos remiten a la posibilidad de que se esté gestando un nuevo lenguaje que nos habita e incide de una manera que aún es prematuro evaluar.

Puede ser que este nuevo lenguaje nos esté llevando a un cambio radical en su gramática, sus alcances y efectos.

El título *Lo femenino* que preside la edición de este nuevo número de la Revista Devenir está compuesto por un artículo neutro (“lo”) que señala que es seguido de una atribución y no de una certeza en términos de género.

Estamos muy distantes de los planteos de una sexualidad definida por un dualismo anatómico tajante. La anatomía no es el destino.

Pienso que estamos adviniendo a un lenguaje en el que el género tiene otra participación en su función ordenadora. Los que siguen abordando la sexualidad desde la mirada **más convencional**, no cesan en buscar listados de modalidades de su expresión sexual, que al ser solamente descriptivas y a partir de la noción binaria de género, da lugar a decenas de posibles tramas de expresión de la sexualidad que por cierto tienden a ser presentadas como una clasificación.

He asistido a numerosas presentaciones sobre el tema en las que se intentaba enumerar, casi como en una competencia deportiva, la mayor cantidad de diferentes formatos de relación sexual posible. Precisamente el deslizamiento entre modalidades sexuales hace imposible e inútil formalizarlas.

No se me escapa lo difícil que es abordar la sexualidad actual y sus cambiantes expresiones y acepciones. Tampoco los diferentes campos que afecta, desde las personas involucradas en la experiencia, hasta sus derivaciones sociales, políticas y jurídicas. El desafío que se nos plantea es explorar este momento de transición entre la sexualidad hasta ahora considerada, y las fuentes y modalidades que presiden el devenir.

Felicito a los editores, autores y entrevistados de la revista

por seguir trabajando este tema (que es el que presidió el reciente Congreso de la IPA en Londres), que nos va abriendo interrogantes que renuevan, conmocionan y actualizan las clásicas teorizaciones psicoanalíticas sobre la sexualidad.